

Las luces del cerro de Patalagana:¹ la relación entre los fuegos fatuos, las brujas y los tesoros enterrados

JORGE LUIS TORRES MAGALLÓN
ENES, UNAM Morelia

En 1760, en San Felipe, Guanajuato, el Santo Oficio de México procesó a la mulata María Guadalupe por cargos de hechicería. La denunciante, María de Jesús, hija de la acusada, aseguró haber visto a su madre y a otras mujeres cometer actos malignos, propios de quien tiene pacto con el Demonio. Entre lo que la denunciante declaró, se encuentra la presencia de un tesoro enterrado en una cueva, en donde ella dice haber visto unas luces.

Dize más: que su madre Guadalupe la llevó una noche a la cueva para que viera en ella mucho dinero que había allí enterrado; y que llegando al paraxe donde había muchas piedras altas, hizo su madre unas señas con las manos, como que partía con los brazos la tierra, y vio la que denuncia que, abriéndose la tierra, aparecían unas luces muy lindas, pero no vio el dinero.

Dize más: que sabiendo que señor Joseph de Molina andaba vuscando dinero enterrado, y que lo tenía engañado un Joseph Rosales, le dixo la que denuncia que ella sabía dónde estaba el dinero enterrado, pues se lo había dicho su madre, y que lo llevó al paraxe donde había visto las luces como si fuese un monumento² encendido, pero que no pudo dar con la boca de la cueva [...].

¹ Cerro en las inmediaciones de San Miguel el Grande, actualmente San Miguel de Allende, Guanajuato.

² "Llaman asimismo el túmulo, altar o aparato, que el Jueves Santo se forma en las Iglésias, colocando en él, en una arquita a modo de sepulchro, la segunda hostia que se consagra en la misa de aquel día" (*Diccionario de Autoridades*).

Y que a este montón [de brujas] la vio la que denuncia en dos ocasiones desde su cassa apiñadas en la cueba en muchas luces juntas, como verdosas, grandes, de el tamaño de una linterna, las que se levantaban de el suelo, y después sobre él se derramaban y mudaban quatro sitios estas luces, que eran lugares donde su madre le dixo que havía dinero. Estas dos ocasiones en que vio estas luces en el cerro, dice que en su cassa se juntaron con su madre otras sinco; y que, poniéndose todas alrededor de el fogón con los dedos se sacaban los ojos y los echavan en un plato blanco, y este lo ponían junto al tenamastle de la pared o piedra sobre quien ponen el comal. Y que cogiendo una untura amarilla (como la vio), se untaban por el pecho y pesqueso y baxo de los brazos. Y diziendo estas palabras: [subrayado:] sin Dios y Santa María, daban el volido y se desaparecían. Y veía en el cerro las luces donde juntaban otras varias (Granados Vázquez y López Ridaura, s/f: 12-13).³

Más allá del curioso ritual de sacarse los ojos e irse a volar, es particular el hecho de que las brujas tomen la forma de luces verdosas. ¿Qué son las luces que se describen? ¿Por qué aparecen sobre el lugar donde yace un tesoro enterrado? ¿Qué relación tienen estas luces con las brujas? Sin duda se trata de los llamados *fuegos fatuos*.

El fuego fatuo

El fuego fatuo (*ignis fatuus*) es un fenómeno natural que surge de las reacciones químicas provocadas por la descomposición de la materia orgánica, en particular del metano. Más que fuego, se trata de gases fosforescentes carentes de calor. Es un fuego “falso”, por esta razón recibe el adjetivo *fatuus* en latín y *foolish* o *false* en inglés (Newell, 1904: 44). Normalmente presentan un color verdoso, azulado o purpúreo. A veces aparecen bajo la forma de bolas de luz que revolotean (Walter, 2013: 141-142) y que vue-

³ El expediente original se encuentra en el Archivo Histórico Casa Morelos, Fondo Diocesano, Sección Justicia, Serie Inquisición, Caja 1238, Exp. 57.

lan a ras del suelo durante las noches de verano y otoño.⁴ Se piensa que al acercarse una persona el fuego fatuo retrocede y desaparece, reapareciendo finalmente en otra dirección.⁵ Sin embargo, ya sea que adopte la forma de una bola de luz o de una llama, el fuego fatuo parece presentar un movimiento permanente. Charles Dickens, en su cuento, *El grillo del hogar*, sustenta esta creencia: “[...] salió John de la estancia para ver si el mozo, que llevaba una linterna, que desde largo rato danzaba ante la puerta y la ventana como un fuego fatuo, había limpiado bien el caballo” (2003: 8). Debido a que este fenómeno se manifiesta principalmente en lugares húmedos, como pantanos, bosques y cementerios (sitios donde hay alto número de materia orgánica en descomposición), la gente le atribuyó características malignas, creyendo que las luces se trataban de espíritus errantes y almas condenadas que lanzaban maldiciones a los vivos. Sin embargo, ya sea que se busque explicar este fenómeno a través de la química, o bien del imaginario, Newell establece que los fuegos fatuos son un “aspecto de fe universal”, pues el ojo del ser humano crea visiones que muchas veces no corresponden con la realidad a partir de sucesos comunes, como la luz de una luciérnaga, el reflejo de una estrella en el agua, la luna en un bosque o el destello de un ojo contra la completa oscuridad (1904: 44). El fuego fatuo se clasifica en cuatro tipos dependiendo de la naturaleza del fenómeno. A continuación, se presenta la tipología elaborada por Newell.

Los *corpse-candles*

Los *corpse-candles* son los fuegos que preceden y pronostican una muerte, de manera que se manifiestan en las habitaciones de personas enfermas y avanzan con dirección al cementerio. Se cree que si los movimientos son bruscos, anuncian la muerte de un

⁴ *Century Dictionary*, 1889.

⁵ *Oxford English Dictionary*, 1889.

niño; si son lentos, la de un anciano. Estos fuegos son el reflejo de un evento futuro, pues representan las velas que portan las personas durante la procesión fúnebre (Newell, 1904: 43). Esta creencia pervive, con pequeñas variaciones — entre los vascos — como aparece en el testimonio de Francisca Iturrioz Zubillaga:

En un caserío de Bedaio, hoy deshabitado, falleció un hombre, y los vecinos del barrio se trasladaron de noche al domicilio mortuorio para llevar a cabo el rezo del rosario [...] Cumplida con esta piadosa costumbre y cuando se dirigían juntos a los caseríos respectivos, contemplaron una alargada llama de fuego que pasó sobre ellos y se introdujo en el caserío del muerto recientemente (Garmendia Larrañaga, 2007: 66).

Los indicadores de tesoros ocultos

En Europa central se cree que los fuegos fatuos indican la presencia de tesoros enterrados, particularmente en Austria (Mozzani, 2012: 737) y Rumania (Gerard, 1885: 132). Este tipo de fuego proviene, de acuerdo con Newell, de la antigua costumbre de quemar los cadáveres junto con sus pertenencias en las piras funerarias, de modo que el parpadeo del fuego fatuo representa el resplandor de la hoguera (1904: 43). Este tipo de fuego, al contrario de los *corpse-candles*, es el eco de un suceso pasado.

Otra explicación proviene del igualmente antiquísimo ritual de enterrar a los muertos con sus pertenencias o con monedas en determinadas partes del cuerpo, como aparece en el cuento, contemporáneo a Newell, *Anty Bligh*, de John Masefield (1905), en el que se prepara a un marinero para su entierro: “Así que le lavó todo el cuerpo en vino, y le puso en un sudario blanco, con una cruz de madera en el pecho, dos monedas de plata en los ojos y una caléndula dorada entre los labios” (Masefield, 2011: 437). De esta manera, una explicación más razonable sería que el fuego fatuo surge de la descomposición de los cadáveres, emergiendo del sitio donde yacen los restos de la persona y, por tanto, de sus pertenencias. Esta relación entre los fuegos fatuos y los tesoros ya se veía reflejada en la literatura del siglo XVIII, como en el

Cuento de la serpiente verde de Goethe, donde aparecen dos personajes en forma de fuegos fatuos que, al sacudirse, arrojan monedas de oro al suelo (Goethe, s/f: 5, 13). En la novela *Drácula*, cuando Jonathan Harker es conducido hacia el castillo por un misterioso cochero (que después sabemos que se trata del mismo Drácula), observa

una vacilante llama azul casi imperceptible. El cochero la vio al mismo tiempo que yo, pues detuvo de inmediato los caballos y, saltando a tierra, desapareció en la oscuridad. [...] De repente reapareció el cochero, tomó asiento y, sin decir palabra, reanudamos la marcha. [...] En una ocasión la llama me pareció tan próxima a la carretera que aun en la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente al lugar de donde surgía la llama — tan débil que apenas iluminaba a su alrededor — y recogiendo unas cuantas piedras formó con ellas una especie de dibujo (Stoker, 2012: 108-109).

Una vez instalado en el castillo, Jonathan le pregunta al conde “por qué el cochero desapareció en los lugares donde habíamos visto llamas azules. ¿Era cierto realmente que indicaban el sitio donde había oro escondido?” (2012: 120). El conde responde que en la región que Jonathan había cruzado la noche anterior se podía encontrar algún tesoro enterrado, pues “durante siglos ha sido campo de batalla de valacos, sajones y turcos” (2012: 120). Además, Drácula añade que era común que los patriotas enterraran sus pertenencias bajo tierra y se marcharan para evitar ser asesinados. Nótese que en este punto la novela difiere de lo propuesto por Newell, pues de acuerdo con el Conde, las personas no morían junto a sus riquezas, sino que huían, apartándose de ellas. Sin embargo, este problema tiene una respuesta espectral, como el mismo Drácula afirma:

Me explicó entonces que, según una creencia popular, en determinada noche del año — precisamente la noche pasada, en la que se supone que todos los malos espíritus campan por sus respetos — se ve una llama azul en todos aquellos lugares en donde hay un tesoro escondido (2012: 120).

Emily Gerard, en su artículo *Transylvanian Superstitions*, establece que la llama azulada “sirve para guiar a los mortales favorecidos⁶ al lugar donde esos tesoros están ocultos”⁷ (1885: 131). En *Drácula* los fuegos fatuos sólo se manifiestan una noche al año, pues como le informa a Jonathan una mujer en Bistríta, “es la víspera de San Jorge ¿No sabe usted que esta noche, cuando den las doce, todos los seres malignos de este mundo se harán visibles y ejercerán todo su poder?” (Stoker, 2012: 98). La luminiscencia está estrechamente relacionada con los espíritus, de tal modo que, según algunas concepciones, el alma es representada como fuego o como una luz (Newell, 1904: 43). Así sucede en la última acotación de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, al momento de la muerte de los protagonistas: “Cae don Juan á los pies de doña Inés y mueren ambos. De sus bocas salen sus almas representadas en dos brillantes llamas, que se pierden en el espacio al son de la música” (Stoker, 2012: 219). La llama que aparece en los lugares donde hay un tesoro oculto es el alma de la persona que está condenada a deambular hasta encontrar los medios para restaurar su riqueza a sus herederos legítimos (Newell, 1904: 48). Gerard apunta creencias similares en Transilvania, en donde sólo los familiares de quien ocultó el tesoro pueden encontrarlo (1885: 132). En la tradición oral de México se piensa que el espíritu dueño del tesoro oculto se le manifiesta en sueños a la persona indicada, de manera que sólo ésta pueda desenterrarlo.

⁶ Aquellos nacidos en domingo o mientras suenan las campanas (Gerard, 1885: 131).

⁷ Traducción del autor.

Los habitantes de lo inhabitado

Según concepciones religiosas tempranas, la tierra cultivada pertenecía a la esfera del hombre, mientras que lo desierto y lo salvaje pertenecen a espíritus que persiguen una vida similar a la que llevaban cuando vivían (Newell, 1904: 43). En la tierra no cultivada pueden apreciarse misteriosos brillos que, según Newell, son las lámparas o antorchas (lo que sea que tengan en la aldea cercana) empleadas por estos espíritus para trabajar en la oscuridad.

Los errantes/condenados

Este tipo de fuegos son espíritus no humanos o almas en pena de personas condenadas por razones éticas o rituales a deambular en la tierra, ya que les fue negada su entrada tanto en el Cielo como en el Infierno. Estos fuegos fatuos son los que más peso han tenido en el folclor europeo (Newell, 1904: 48). El término latino *ignis fatuus* agrupó a estos fuegos espectrales en una gran familia, pero cada región de Europa se ha encargado de bautizar el fenómeno de manera distinta. Asimismo, Europa forma un corpus de creencias populares más o menos uniforme (Newell, 1904: 46), por lo que muchas veces el mito asociado al fuego fatuo se trata, en esencia, de la misma historia con un nombre distinto. Los ejemplos más claros son las leyendas populares anglosajonas de *Jack-of-the-lantern*⁸ y *Will-o'-the-wisp*, que son las que han tenido mayor repercusión en la tradición literaria en lengua inglesa. De esta manera, *ignis fatuus* y *Jack-of-the-lantern* son en esencia el mismo fenómeno, sólo que el término latino le confiere al fuego fatuo un “aire de verosimilitud” (Newell, 1904: 42-43), mientras que los fuegos fatuos que aparecen en estas leyendas están asociados a mitos cristianos.⁹

⁸ Este es el mito detrás del rito del tallado de las calabazas de Halloween (Walter, 2013: 141).

⁹ W. Newell afirma que la mayoría de estas historias tienen como protagonistas a personajes con nombres cristianos, pues tienen un fin moralizante. Si bien en las historias

Como ya se ha establecido, las razones por las que las almas son condenadas a penar en la tierra pueden ser éticas o rituales. En el caso de *Jack...* y *Will...* son puramente éticas. El mito asociado a éstas sigue, en líneas generales, el siguiente esquema: se presenta al protagonista (*Will*, *Jack...*) y se hace hincapié en su mala conducta. Un día, el Diablo se le aparece para informarle que su vida debe terminar. Sin embargo, el hombre, a través de artimañas, logra prolongar su estancia en el mundo al engañar tres veces al Diablo. Una vez muerto, el hombre no encuentra asilo en el cielo por su mala conducta en la tierra, así como tampoco en el infierno por haber engañado al Diablo. Sin embargo, éste le otorga un carbón encendido del infierno para que ilumine su eterno deambular en la tierra (Newell, 1904: 39-41).

En el estado de Veracruz, México, hay historias sobre almas que cumplen su penitencia en la tierra, como en el testimonio de José Llanos, quien describe a un ente llamado “el candilero”:

Es una bola de fuego que sale, pues, en los parajes oscuros y hace volar, así a caminar movida por el viento, dijéramos a unos dos o tres metros de altura [...]. Aquí en la región hubo un ganadero, un ganadero que en su vida llevó una vida un poco desordenada. Como mujeriego y como criminal se le atribuían muchas muertes; venganzas y otras cosas. Hace como dos meses, para ser exacto lo mataron en los primeros días de junio, primeros días de junio, y por los lugares donde él tiene sus ranchos de agricultura ha dado

de *Jack...* o *Will...* los protagonistas no son cristianos, el mito ligado a ellos (principalmente la de *Jack...*) sí es cristiano. En el *Dictionnaire infernale* aparece un relato sacado de la crónica de la Abadía Gorwey. En él se menciona a una entidad (que según la entrada, Milton llama “el monje de los pantanos”) (*le moine des marais*), y que es otro nombre con el que se le conoce a *Jack-of-the-lantern*. De acuerdo con la historia, este espíritu quería seducir a otro monje llamado Sebastián (*Sébastien*), de modo que, cuando éste regresaba de la predicación de la fiesta de san Juan, fue conducido por la linterna del monje de los pantanos hasta un desfiladero, donde cayó y murió. Aparentemente, este hecho ocurrió en el 1034 d. C. En este tipo de relatos, los espíritus traen las luces consigo, como lo hace una “persona prudente en las noches oscuras”; en otros, la aparición está rodeada de fuego; en otros, el alma luminosa está contenida dentro del tórax del cadáver, por lo que el reflejo de las costillas lo asemeja a una lámpara (Newell, 1904: 45-46).

en salir mucho el candilero y la gente juzga que es el alma de él que anda penando por los muchos comportamientos que tuvo en el mundo. Principalmente la gente muy católica dice: — ¡Ay! ¡Ésa es la alma de Fulano! —. Ya ves. No debes de vivir mal porque tal es (Robe, 1971: 98-99).

Según Newell, este tipo de fuegos fatuos encuentra un malicioso placer en atraer a los viajeros nocturnos a través de los pantanos para arrojarlos al agua y ahogarlos (Newell, 1904: 142). En la novela *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, la nana de Jane le canta la siguiente canción: “Aunque me caiga al cruzar el puente roto/ o me pierda en el lodazal, atraída por los fuegos fatuos,/ mi Padre celestial, con promesas y afecto,/ acogerá en su seno a la pobre huerfanita” (Brontë, 2015: 35). Estos espíritus ejercen cierto poder hipnótico sobre sus víctimas. Esta característica fue empleada como figura retórica en la literatura europea del siglo XIX. En *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, el narrador describe la calle donde se encuentra ubicada la casa del protagonista:

[...] incluso el domingo, cuando velaba sus más floridas gracias, la calle brillaba, en contraste con sus adyacentes escuálidas, como un fuego en el bosque; y con sus contraventanas recién pintadas, sus bronce relucientes, su aire alegre y limpio atraía y seducía inmediatamente a la vista del paseante (Stevenson, 2011: 6).

Así mismo, Gustavo Adolfo Bécquer, en su rima XIV, compara los ojos de su amada con dos fuegos fatuos:

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
llevan al caminante a perecer;
yo me siento arrastrado por tus ojos,
pero a dónde me arrastran, no lo sé.

Newell, a principios del siglo XX, recogió el testimonio de un esclavo afroamericano de Baltimore, Maryland, quien narra una leyenda llamada *Jack o' my Lantern*, casi idéntica a la inglesa. Sin embargo, como observa Wirt Sikes,

en los estados sureños de la costa este de Estados Unidos se inviste al duende con horrible y exagerada peculiaridad. Lo llaman *Jack-muh-lantern* y lo describen como una horripilante criatura de metro y medio de altura, con ojos saltones y boca enorme, su cuerpo cubierto de largo pelo y que va brincando por el aire como un saltamontes gigante. Esta aterradora aparición es más fuerte que cualquier hombre y más rápido que cualquier caballo, y obliga a sus víctimas a seguirlo dentro del pantano, donde mueren ahogadas (1880: 18).¹⁰

Obra de seres malignos

Si bien Newell agrupa este tipo de fuegos fatuos junto con los *errantes/condenados*, las luces producidas por seres malignos merecen mención aparte por la importancia que han tenido en la tradición oral europea, así como en la literatura escrita. De acuerdo con Newell, estos fuegos fatuos provienen del Diablo, de animales diabólicos o de duendes (1904: 47). *Duende* es un “término genérico con el que se designa a los pequeños seres evanescentes que componen el universo de la tradición oral popular [...], los duendes son ectoplasmas, reflejos fugaces que no tienen sombra y no dejan rastro” (Centini, 2012: 11). Por esta razón, los fuegos fatuos se relacionan con algunos tipos de duendes, como los elfos y las hadas, en tanto que son “vapores”; además, el término “ectoplasma” sugiere adecuadamente una sobrenaturalidad. En la literatura europea, los autores parecen usar indistintamente los nombres de estos seres, incluso, algunas veces se mezclan, como en el ejemplo que otorga Jane Eyre cuando se mira a un espejo:

Me recordaba uno de esos diminutos fantasmas, mitad hada, mitad duende,¹¹ que en los cuentos nocturnos de Bessie salían de las

¹⁰ Traducción del autor.

¹¹ En el original inglés, se mencionan las criaturas *fairy* e *imp*, respectivamente. Mientras que la primera se traduce como “hada”, *imp* no tiene un equivalente en español, por lo

cañadas cubiertas de helechos en los páramos, apareciéndose ante los ojos de los viajeros tardíos (Brontë, 2015: 24).

Sin duda, Brontë se refiere a los fuegos fatuos no sólo por mencionar a los duendes y las hadas, sino por las características que presentan: en primer lugar, aparecen ante los ojos de viajeros nocturnos; en segundo, aunque no es del todo clara la conexión que existe entre ellos (fuegos fatuos, duendes, hadas), todos parecen relacionarse con el agua (cañadas, pantanos...), como puede verse en el cuento *La noche del océano*, en el que el narrador menciona: “cientos de casas se erguían bajo las tinieblas húmedas, con sus amarillentas luces brillando a través de cristales empañados, como los ojos de un duende reflejándose en las cenagosas aguas de un pantano” (Barlow y Lovecraft, 2011: 53); también pudo observarse esto en el pasaje de *Jane Eyre* y se verá más adelante en la balada danesa de “El Rey de las aguas”. En tercer lugar, estos seres son, en general, malignos.

El cuento del Grial fue escrito en el siglo XII por Chrétien de Troyes. Esta obra no sólo es particular por tratarse del primer texto literario donde aparece el Santo Grial, sino porque tuvo diversas continuaciones que se presentaban como variaciones libres de la obra de Troyes. Estas continuaciones intentaban dilucidar el misterio del grial y al mismo tiempo añadían otros motivos de la mitología celta. En la tercera continuación, Perceval se encuentra con un árbol repleto de velas. Un personaje del cuento le hace saber al protagonista que se trata del árbol de los encantamientos en donde las hadas se reúnen. Así mismo, las velas que se ven en el árbol son una ilusión de las hadas para extraviar a los caballeros que no tienen fe en Dios. Walter concluye dos cosas: que en realidad se trata de una ilusión para alejarlos del Santo Grial y que las velas que aparecen en el árbol son en reali-

que se traduce comúnmente como “duende” o “elfo”, pues estas criaturas presentan características similares.

dad fuegos fatuos, idea que retoma del estudio de Brugger¹² (2013: 142). Dentro de *La dama del lago*, aparece la siguiente sentencia: “Siempre habita la desgracia en sitios frecuentados por hadas malignas” (Scott, 1830: 147). El árbol de los encantamientos, “donde se reúnen las hadas”, concuerda con esta creencia. Es probable que estos seres traten, en esencia, del mismo fenómeno visual, como se mencionó al principio de este trabajo, y que todos sean concebidos igual que almas en pena, como Walter afirma: “las hadas [...] son los aparecidos, las almas errantes, los espíritus aéreos. Mismos que en la tradición popular se denominan ‘fuegos fatuos’” (2013: 140-142). De hecho, en el imaginario celta se pensaba que las almas “eran demasiado buenas para ir al Infierno y demasiado malas para ir al Cielo; y por ello, primero se transformaban en seres mágicos como las hadas, pero poco a poco iban disminuyendo de tamaño hasta [...] [desaparecer] misteriosamente de la faz de la tierra” (Alonso Romero, 2007: 154).

El bosque en el imaginario medieval

Ahora bien, los celtas creían que en los bosques habitaban ciertos seres o “genios”, que desempeñaban la función de protectores de los bosques, como aparece en una sentencia de *La dama del lago* referente a las hadas: “[...] aunque sin ser positivamente malévolas, son caprichosas, ligeras de enojarse y celosas de sus derechos de color y de caza como todos los propietarios de selvas” (Scott, 1830: 180-181). Parece existir una confusión entre estos “genios” que probablemente sólo es terminológica. De acuerdo con los testimonios literarios orales y escritos, en los países europeos de raíces célticas a los fuegos fatuos se les identifica con hadas, duendes y demás criaturas del bosque, mientras que en los de tradición católica están más emparentados con brujas y demonios. De ahí

¹² Brugger, Ernst, 1929. *The Illuminated Tree in Two Arthurian Romances*. New York: Publications of the Institute of French Studies.

que a los fuegos fatuos se les conozca mejor por el nombre de “hada” (*sprite*) o “duende” (*goblin*) en los países del norte y oeste de Europa. Ya desde los tiempos celtas, “la selva por excelencia” era el bosque de las Ardenas, ubicado en los actuales países de Luxemburgo, Bélgica y norte de Francia (Le Goff, 2008: 39). La gran oposición que tenían los romanos entre ciudad y campo (*urbs-rus*) se trasladó a la Edad Media en la dicotomía cultura-naturaleza, “la oposición entre lo que es construido, cultivado y habitado (ciudad, castillo, aldea) y lo que es propiamente salvaje (mar, bosque...)” (Le Goff, 2008: 49). Así pues, el bosque representaba para el imaginario medieval un lugar salvaje (*silvática*, del latín *silva*), peligroso y fuera de los límites del mundo conocido. En este lugar habitaban diversas criaturas, como hombres del bosque (*Silvesterkläuse*) y los espíritus feéricos. Estos seres o genios del bosque, sin embargo, fueron adaptados e integrados al mundo occidental, como establece Lecouteux:

El paganismo y las creencias populares se presentan veladas, disimuladas [...] por la cristianización y luego por la literarización de los hechos antiguos. La literatura narrativa “civiliza” los genios, los traslada a la esfera de la civilización feudal, los convierte en gigantes, enanos y elfos, ondinas, dragones [...] y finalmente hadas (1999: 187).

El cristianismo, al comenzar su labor evangelizadora en Europa Occidental, se topó con la dificultad de convertir a todos aquellos pueblos paganos (celta, germano, escandinavo o eslavo) que, al ser rurales, “conservaban creencias y prácticas arcaicas” (Walter, 2013: 12). Como establece Higounet (1966), estos ritos se realizaban en los bosques, pues al ser lugares oscuros y aislados sirvieron de refugio para los anacoretas, siervos fugitivos, asesinos, aventureros, bandidos y practicantes de cultos paganos (como se cita en Le Goff, 2008: 40). Entonces, podemos concluir dos puntos: el primero es que el cristianismo recluyó estas prácticas paganas al bosque, y el segundo es que, en su labor cristianizadora, transformó los antiguos ritos paganos en obra del Diablo.

El Diablo y la llama sobrenatural

Como ya se señaló, el bosque es un lugar idóneo para la aparición del fuego fatuo, pues al igual que en pantanos y cementerios, hay gran cantidad de humedad y descomposición de materia orgánica. Es por esto que las creencias populares han relacionado las apariciones de pequeñas luces con los demonios y las brujas.

Un ejemplo es el que reporta Julio Caro Baroja, donde una mujer tolosana del siglo XIV declara que un pastor la obligó a hacer un pacto con un espíritu infernal. La ceremonia tuvo lugar a la medianoche en la linde de un bosque, en el cruce de dos caminos. La acusada sangró su brazo izquierdo en un fuego alimentado por huesos humanos y pronunció unas palabras extrañas que dice no recordar; de esta manera, el demonio Berit se presentó ante ella “bajo la forma de una llama violácea” (Caro Baroja, 2015: 141). Al parecer, lo sobrenatural se manifiesta a través de la luminosidad violácea-azulada. En *El monje*, Matthew Lewis cita una balada llamada *Alonso el Bravo y la hermosa Imogina*. En ella, la protagonista, después de haber perdido a su prometido en la guerra, vuelve a contraer nupcias a pesar del juramento que le había hecho a su difunto de serle fiel hasta la tumba. Cuando se encuentra en el banquete, nota la presencia de un aterrador caballero que resulta ser el espectro de Alonso el Bravo. Ante su presencia, las luces del lugar se volvieron azules (2013: 361).

De manera similar, en la novela *Los elixires del Diablo*, el monje Ambrosio menciona que el mayordomo del convento, a petición de los invitados, “sacó un sacacorchos de metal de su bolsillo y abrió el frasco sin hacer caso de mis protestas. Me pareció como si al saltar el corcho hubiera surgido una pequeña llama azul,¹³

¹³ Emily Gerard menciona que los fuegos fatuos recuerdan a los “espíritus del vino” (1885: 131). La autora no otorga ninguna explicación a esta creencia; sin embargo, la entrada de “Jack” del *Dictionnaire infernal* (6e éd., 1863) arroja algo de luz: “Le plus terrible de ces démons est celui qui fond son essence vivante dans les liqueurs fermentées, qui s’introduit sous cette forme liquide dans les veines d’un buveur, et y allume à la longue un incendie qui le dévore, en fournissant aux médecins un exemple de plus de ce qu’ils

que desapareció enseguida” (Hoffman, 2012: 72-73). El frasco en cuestión no debía abrirse bajo ninguna circunstancia, pues contenía el temido elixir del Diablo.

Caro Baroja registra otro testimonio. En 1521, Jean Boin, prior de los dominicos de Poligny, juzgó a una persona de nombre Pierre Burgot por un acontecimiento ocurrido en 1502. En su declaración, el acusado confiesa haber hecho pacto con el Diablo y haber asistido al *Sabbat*, en donde vio a varios desconocidos bailando, “cada uno de los cuales llevaba una candela verde, que lanzaba una luz azul” (Caro Baroja, 2015: 179). Molina Foix, en su introducción a *Drácula* de Stoker, afirma que en el manuscrito del capítulo descartado de Stoker, titulado “El invitado de Drácula”, existía un pasaje donde varios hombres lobo danzaban en el bosque con cirios de fuego azulado, referencia que Stoker había sacado de *The Book of Werewolves* de Baring-Gould (Stoker, 2012: 120).

Los fuegos fatuos y las brujas

En Pont-Audemer, Francia, las mujeres que habían pecado estaban condenadas a errar hasta el alba durante siete años bajo la apariencia de fuego fatuo (Mozzani, 2012: 737). En Letonia, se piensa que en lagos y cementerios habitan espíritus a los que se les atribuye un carácter maligno. En la tradición popular letona se les asignó el nombre de *raganas*: mujeres que salen de noche a lavar (Moon, 2015). Así mismo, se piensa que

aparecen como luces o fuegos fatuos, o bien, como espíritus en los cementerios, los lagos, las colinas, los pantanos y las grietas de las

appellent scientifiquement une *combustion spontanée* (“el más terrible de esos demonios es ése que funde su esencia viva en los licores fermentados, quien se introduce bajo esta forma líquida en las venas de un bebedor y que inicia a la larga un incendio que lo devora, proveyendo a los doctores de un ejemplo más de lo que científicamente llaman *combustión espontánea*” [Traducción de Daniela Cadenas León]).

rocas. En algunas regiones de Letonia, la gente cree que las raganas se sientan sobre las ramas de los árboles para cepillar su cabello. Si los humanos penetran en sus territorios y las molestan, gastan bromas y sustos a los intrusos: En Letgalia, tratan de hacerle cosquillas a la gente; en Vidzeme, las personas que perturban su lavado se ven obligadas a pasear hasta el amanecer (Moon, 2015).

Las brujas letonas comparten características con los cinco tipos de fuegos fatuos que mencionamos en cuanto a tres aspectos que pueden notarse en la cita anterior: su poder atrayente, su carácter maligno y su relación con el agua, como puede observarse en las raganas que lavan en el bosque. Otro ejemplo revelador, en el que se mezclan distintos puntos que se han expuesto en este trabajo, es el de la balada danesa “El Rey de las aguas”, contenida en la obra *El monje* de Matthew Lewis (2013: 331-334). En la canción, se menciona a una doncella que paseaba junto a la ribera de un río. En ese lugar habitaba el Rey de las aguas (al final, este nombre es sustituido por “el Duende de las aguas”), quien se dirige a su “madre-bruja” para que ésta le ayude a conseguir a la doncella. La bruja convierte al espíritu de las aguas en un caballero sobre un corcel. De esta manera, la princesa cede a sus encantos, y el espíritu logra ahogarla en el río al introducir su caballo en él.

La relación entre las brujas y los fuegos fatuos no es exclusivamente europea, también en México existen testimonios y cuentos de tradición oral, aunque mucho de estas creencias es de origen europeo. En Jalapa, Veracruz, se cuenta una leyenda acerca de un hombre que se casó con una bruja. Todas las noches, la bruja se convertía en una bola de fuego y volaba hacia el aquelarre: “Esa mujer todos los días, todas las nochis [sic], la ven que se sale una bola de lumbre y se va. Que salen unas nubes de humo y van hacia el cielo” (Robe, 1971: 100). De acuerdo con esta descripción la lumbre se trata de auténtico fuego, como lo indican las “nubes de humo”. En este punto es pertinente recordar que los fuegos fatuos son gases fosforescentes que no queman ni producen humo. Sin embargo, el testimonio es importante ya que se diferencia de las brujas convertidas en “luz verdosa” que aparecen

en el testimonio de María de Jesús, presentado al principio de este artículo. Ahora podemos verlo desde la perspectiva que se ha abordado en este trabajo.

Las luces del cerro de la Patagalana

Las luces que la denunciante, María de Jesús, describe en su testimonio como “verdosas, grandes, de el tamaño de una linterna”, aparecen en el momento en que su madre abre la tierra, en donde dice que hay dinero oculto. El hecho de que aparezcan sobre el lugar donde yace el tesoro es una clara muestra de que las luces en cuestión son fuegos fatuos pues, como hemos visto al principio de este trabajo, éstos también pueden tomar la forma de luces en movimiento (“que se levantaban de el suelo, y después sobre él se derramaban y mudaban quatro sitios estas luces”). Aunado a esto, las luces aparecen por la noche en el cerro, probablemente en un sitio boscoso, lugar donde las brujas llevan a cabo el *Sabbat*. En la declaración de María Guadalupe, acusada de brujería, ella señala que “quando se juntaban en el cerro, veían al Demonio en la figura de alguno de los ia tres dichos animales [perro, cabrito y guajolote] y que todas ellas le besaban el rabo” (Granados Vázquez y López Ridaura, s/f: 20). En el testimonio de su hija, María de Jesús, las luces aparecían en el bosque las mismas noches que en su casa se reunían las brujas. Como hemos visto, las luces indican el lugar donde yace el tesoro enterrado, pero sólo los indicados pueden alcanzarlo. Esto sucede con la denunciante, quien no pudo ver el dinero; sin embargo, su madre sí, pero sólo después de ingerir rosa maría y peyote.¹⁴

Que en las dos ocasiones que bebió la rosa maría y peyote, y que fue al cerro, con varias acciones que ella hacía con las manos se le abría la tierra, y vio mucho dinero, mas no llegó a tocarlo; y que para que otro no hallara el dinero encantaron el cerro poniendo

¹⁴ Plantas psicotrópicas que se usaban con fines adivinatorios.

una piedra grande y baxo de ella un muñeco con unos vidrios puestos en los ojos, y que sobre una peña colocaron un muñeco en cruz, que lo veían sólo ellas y no otro (Granados Vázquez y López Ridaura, s/f: 20-21).

Más adelante, María de Guadalupe declara que después de decir las palabras (“sin Dios y Santa María”) “iban bolando y se juntaban en el cerro de Patagalana, saliéndoles de el cuerpo, y principalmente de el peccho, una llama que crecía y se aminoraba según los brincos que daban de una parte a otra” (Granados Vázquez y López Ridaura, s/f: 20). Nuevamente aparece la conexión entre el fuego y las brujas que, a fin de cuentas, es una conexión casi natural entre éstas y las llamas del inframundo.

Conclusiones

El análisis que hemos elaborado en este trabajo apunta a la explicación de un fenómeno que, si bien sucede en México, proviene de la tradición popular europea que cruzó al Nuevo Mundo junto con los colonizadores. Newell llega a esta misma conclusión en su estudio de la leyenda *Jack-O'-my-Lantern*, de Maryland (1904: 41). Si bien el paralelismo entre los *ignes fatui* y las brujas ya existía en ciertas regiones de Europa, en México parece bastante extendida. En un caso inquisitorial del siglo XVIII, se hace mención de una pareja de españoles que, caminando de noche por la calle, observan unas luces; acto seguido, “se movió a pláticas de bruxas” (Flores y Masera, 2010: 41). En otro caso del mismo siglo, un español declara que no ignora que las brujas andan en forma de globos de fuego, “según la común opinión” (Flores y Masera, 2010: 41). Estos testimonios hacen pensar que ya en aquella época la figura de la bruja estaba estrechamente ligada con la luminosidad. En los relatos coloniales inquisitoriales, las apariciones de brujas en forma de luz son un motivo recurrente y, algunas veces, se relacionan también con las minas (Flores y Masera, 2010: 41-42). Como ya se mencionó, los fuegos

fatuos pasaron de un contexto pagano a uno cristiano, en el que se instauró una jerarquía que, como establece Caro Baroja, es paralela a la portada gótica de una catedral, en la que en lo alto y en medio se encuentra Dios, rodeado por ángeles y santos; debajo los mortales, mientras que en la parte inferior yacen los espíritus malignos, “que tienen formas horribles y repelentes o, por lo menos, enigmáticas” (Caro Baroja, 2015: 121). Debido a esto, las prácticas paganas quedaron relegadas a las zonas inhabitadas: el bosque es una de ellas. No es de extrañar que se relacionara a los *ignes fatui* (comunes en zonas húmedas y boscosas) con prácticas satánicas. El fuego fatuo también indica el lugar donde yace un tesoro enterrado y, muchas veces, también los restos de una persona. Sin embargo, las llamas ascendían desde el seno de la tierra, por lo que la conexión con el inframundo y el demonio era doble. En México, quizá por las distintas guerras que se libraron en los siglos XIX y XX, abundan los relatos de tesoros enterrados por bandidos y generales que los ocultaban para asegurarlos, justo como recuerda el conde Drácula que sucedía en su propia tierra. Es curioso que en México el tipo de fuego fatuo más popular (el que indica los tesoros ocultos) provenga de Europa central. Si bien los ingleses llevaron consigo a Norteamérica la historia de *Jack-O'-the-Lantern*, en la Nueva España, el proceso no parece ser tan claro. Es posible que algunos aspectos del relato que analizamos provengan de creencias de origen prehispánico; sin embargo, sería tarea de otro trabajo indagar estas creencias. El testimonio de María de Jesús es importante ya que arroja luz sobre los paralelismos entre las leyendas del centro y norte de Europa y los testimonios coloniales novohispanos.

Bibliografía citada

ALONSO ROMERO, Fernando, 2007. “La transmigración de las almas en el folklore del mundo céltico”. En *Pasado y presente de*

- los estudios celtas*, coord. Ramón Sainero Sánchez. España: Ortegueira, 147-168.
- BARLOW, Robert y H. P. LOVECRAFT, 2011. "La noche del océano". En *Mares Tenebrosos: una antología de cuentos de terror en el mar*, ed. José María Nebreda. Madrid: Valdemar.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo, s/f. *Rimas*. AngelRed - Libros digitales. En línea: <http://190.186.233.212/filebiblioteca/Poesias%20y%20Poemas/Rimas%20-%20Gustavo%20Adolfo%20Becquer.pdf>
- BRÖNTE, Charlotte, 2015. *Jane Eyre*. México: Alianza Editorial.
- CARO BAROJA, Julio, 2015. *Las brujas y su mundo*. Madrid: Alianza Editorial.
- CENTINI, Massimo, 2012. *El libro de las supersticiones*. México: De Vecchi.
- DICKENS, Charles, 2003. *El grillo del hogar*. Biblioteca Virtual Cervantes. En línea: www.biblioteca.org.ar/libros/89405.pdf
- FLORES, Enrique y Mariana MASERA, coords., 2010. *Relatos populares de la Inquisición Novohispana. Rito, magia y otras "supersticiones", siglos XVII-XVIII*. Madrid: CSIC / UNAM.
- GARMENDIA LARRAÑAGA, Juan, 2007. *Apariciones, brujas y gentiles: Mitos y leyendas de los vascos*. Donostia: Eusko Ikaskuntza.
- GERARD, Emily, 1885. "Transylvanian Superstitions". En *The Nineteenth Century*, 18: 128-144.
- GOETHE, Johann Wolfgang, s/f. *El cuento de la serpiente verde*. Biblioteca Digital ILCE. En línea: bibliotecadigital.ilce.edu.mx-7Colecciones/ObrasClasicas/_docs/SerpienteVerde.pdf
- GRANADOS VÁZQUEZ, Berenice y Cecilia LÓPEZ RIDAURA, coords. s/f. *Los fetiches de la Maléfica: expediente de la Inquisición*. En línea: <http://lmo.culturaspopulares.org/fetiched/imagenes/edicion-critica.pdf>
- HIGOUNET, Charles, 1966. "Les forêts de l'Europe occidentale du V au XI siècle". En *Agricoltura e mondo rurale in Occidente nell'alto medioevo*. Spoleto: Fondazione CISAM, 343-398.
- HOFFMAN, E. T. A., 2012. *Los elixires del Diablo*. Madrid: Valdemar.

- LE GOFF, Jacques, 2008. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa.
- LECOUTEUX, Claude, 1999. *Demonios y genios comarcales en la Edad Media*. Madrid: José J. de Olañeta.
- LEWIS, Matthew, 2013. *El monje*. Madrid: Valdemar.
- MASEFIELD, John, 2011. "Anty Bligh" En *Mares Tenebrosos: una antología de cuentos de terror en el mar*, ed. José María Nebreda. Madrid: Valdemar.
- MOON, Alanna, 2015. *Ragana, la bruja de las noches letonas*. En línea: <https://brujasmujeresancestrales.wordpress.com/2015/02/09/ragana-la-bruja-de-las-noches-letonas/>
- MOZZANI, Eloïse, 2012. *Le livre des superstitions*. París: R. Laffont.
- NEWELL, William Wells, 1904. "The Ignis Fatuus, It's Character and Legendary Origin". *The Journal of American Folklore*, 17: 39-60.
- ROBE, Stanley L., 1971. *Mexican Tales and Legends from Veracruz*. Los Ángeles: University of California Press.
- SCOTT, Walter, 1830. *La dama del lago*. Madrid: Imprenta de Moreno.
- SIKES, Wirt, 1880. *British Goblins: Welsh Folk-lore, Fairy Mythology, Legends and Traditions*. Londres: Sampson Low, Marston, Searle & Rivington.
- STEVENSON, Robert Louis, 2011. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Madrid: Cátedra.
- STOKER, Braham, 2012. *Drácula*. Madrid: Cátedra.
- WALTER, Philippe, 2013. *Para una arqueología del imaginario medieval*. México: UNAM.
- ZORRILLA, José, 2012. *Don Juan Tenorio*. Madrid: Cátedra.